

Los concursos del Zócalo y la Casa de las Ajaracas han generado –tanto por su planteamiento como por sus resultados– una sana polémica alrededor de este tipo de prácticas. Luis Arnal e Iñaki Echeverría inauguran la sección *foro abierto* de *Bitácora* con sus puntos de vista al respecto.

Entre la frustración y la depresión: la esperanza del cambio /

Luis Arnal Simón

Doctor en Arquitectura. Investigador de la Facultad de Arquitectura, UNAM



"Los arquitectos parecen ser particularmente susceptibles a una estética que vuelva fetiche la imagen efímera, la membrana superficial, el mundo tiende a estetizarse y anestesiar con el intoxicante mundo de las imágenes"

Neil Leach

En las sociedades contemporáneas se está dando un proceso de adaptación a las nuevas condiciones económicas y sociales que se han acelerado con el fin del milenio y que nos deparan, por lo visto, la inestabilidad emocional; estamos inmersos en procesos difíciles de entender que acarrearán consecuencias de inquietud: desaparición de justicia, carencia de líderes, pérdida de poetas, muertes, guerras, agresiones, economías poco justas, beneficios prometidos pero no reales y una inseguridad sobre el futuro propio y de las generaciones que vienen atrás.

Nos encontramos en un estado cercano a la frustración y la depresión; el mundo que nos rodea no nos puede proveer de confort, alimentación, servicios y anhelos, esperanza y certeza, para poder vivir en armonía y reconciliación al contrario: la desesperación y la protesta por todo y con todos son asunto cotidiano. En este escenario a los gobiernos y a los pueblos no les queda más remedio que colgarse afanosamente de las ficciones, las promesas y los espacios alegóricos que puedan hacer menos pesado el presente e inventarse un futuro con esperanza, aunque en el fondo no se crea en él.

Al deprimido le conviene establecer su propio esquema del tiempo, la inseguridad de su enfermedad lo obliga a refugiarse en una esfera infranqueable donde pueda reunir su vida, las alteraciones en los objetos no son bienvenidas como posibilidad de vencer la angustia, sin embargo vislumbra cierta vitalidad con intentos balbucientes por adaptarse a un mundo que entiende móvil, por lo que acepta, no sin dificultad, la novedad y se esfuerza por entender que los cambios pueden mejorarlo. El reconocerse como parte del mundo, evitará su suicidio y la posi-

bilidad de vencer la angustia; en este proceso desconfía de las modificaciones y alteraciones de la vida diaria, duda en aferrarse al pasado y concibe al mundo exterior como la única oportunidad de vencer la incertidumbre, aunque creer en él forme nuevos fantasmas de culpa e inseguridad.

Por el contrario, al ser con frustración le conviene asociar su cotidianidad con nuevos objetos que le permitan creer que ha vencido al mundo que lo rodea, su obsesión por los cambios le hace creer que puede intercambiar lo que posee como gratificación merecida ante la incompreensión del mundo, estas recompensas de objetos, no siempre necesarios, suplen su inseguridad ante la vida, de lo contrario surge la violencia y la agresión contra todo y contra todos, impide la reflexión de su momento y no controla sus emociones, sólo busca un satisfactor momentáneo, ya que cuando el efecto de éste desaparece buscará otro en un círculo de luchas sin fin.

En esta situación se presenta la oportunidad de cambiar al "Zócalo" de la ciudad de México, la plaza más grande y más importante del país, el corazón de la patria, el centro de decisiones, motines y revanchismos, la plaza histórica, el centro ceremonial, el asiento de los Virreyes, el despacho de los presidentes, el depósito de las vergüenzas, el refugio de los sin nada, el circo ambulante, el museo al aire libre, el ombligo del mundo, el centro del universo. Un nuevo modelo se nos presenta, una remodelación con un sentido de contemporaneidad, que acerque a nuestra ciudad a lo moderno, que le quite el polvo y se internacionalice ahora que llegamos al fin de un milenio; ante esta oportunidad surgen varias reflexiones.

La primera sería sobre si esto es necesario ahora como un mecanismo de refuerzo ante la depresión social hacién-

donos notar que de todos modos, lo queramos o no, van a suceder cosas, una terapia de choque, traumática, para obligarnos a pensar que no nos queda de otra, esto que altera nuestra vida cotidiana con objetos—juguete, nuevos, desconocidos en su operación, puede ser benéfico en la asimilación posterior del hecho, sin embargo el aviso anticipado y la amenaza de poderlo realizar se convierten en un problema de referencias perdidas, es decir, la eliminación de lo cotidiano y lo seguro no beneficia a una sociedad que está harta de propuestas incompletas y las más de las veces fallidas. Este nuevo espacio proporcionado por la autoridad, como gracia de la “democracia”, como recompensa a nuestras atribulaciones, como una paleta de limón que se da para tranquilizar los nervios, en la realidad va a funcionar exactamente en sentido contrario (ya surgen las voces de descontento), y lo peor, el otro espacio, el conocido, el apoderado a través del mito se perderá, la sustitución no representa en este caso algo bienvenido, al contrario, lo sentimos ajeno ya que para que vuelva a ser otra vez reconocible, tendrán que pasar años, muchos metros de película, muchas visitas al sitio y muchos sitios, para que nos los apoderemos como parte de nuestra ciudad, y así sea bienvenido, aceptado y propio; pero faltarán los actos propiciatorios, deberán darse hechos en él, no basta el espacio, hay que llenarlo con vida, maldecirlo y bendecirlo a tiempo si no ese espacio será finalmente ajeno, impropio. Así, desarticulado de nuestra condición, creará un nuevo resentimiento social, será frío, como si no nos perteneciera, como de otro país, como sin alma.

La segunda tiene que ver con la labor del tiempo, implacable tarea que siempre llega, aunque a veces a destiempo. Las teorías evolucionistas proponen un principio general de continuidad, con la idea final que la especie que cambia mejora. Desde el siglo XVIII se pensaba que las formas vivas pasan de una a otra sin permitir jamás que se establezca para siempre su forma original, y que las modificaciones obligadas por nuevas adaptaciones son más perfectas que las anteriores; en este sentido se piensa—todavía— que a cada nuevo medio ambiente se tendrá que responder con formas nuevas y alteraciones formales en los productos y especies, sin dejar que se terminen de desarrollar en su anterior forma, produciendo mutaciones fantásticas y monstruosas. Así el cambio no nos asegura la evolución, ni la evolución la perfección, el modelo de cambio que siempre buscamos ansiosamente, se nos escapa de entre las manos, porque cuando creemos haberlo encontrado otro modelo viene a sustituir al anterior, creando un desconcierto en ambos lados del espejo, el objeto se ve incomprendido y el hombre se siente defraudado en su búsqueda anhelosa y siempre incompleta—Alicia detrás del espejo se verá siempre como una viejecita—.

Así vamos dejando atrás formas inacabadas, teorías incompletas, gustos no paladeados, en busca de la perfección a través del cambio, cada vez se pone más énfasis en la idea de que todo debe ser modificado para alcanzar esos valores evolutivos, persiguiendo, inútilmente, la perfección y la belleza ideales, que nunca llegan.

Por otro lado, la inquietud de aportar algo a este proceso va acelerando el mismo, cada uno al ser creador del objeto aspira a ser a su vez el modelo, la suma de iconos no representa a las sociedades, ni a la cultura, es su propia

representación de la insatisfacción, una idealización que no obedece a nada, sino a la propia interpretación de la pureza y la verdad; cada uno de nosotros posee la única explicación sobre los objetos y por lo tanto la idea de cambio se repite en millones de cabezas, haciendo incluso imposible establecer una teoría que abarque a todas.

La importancia de formular una nueva estética urbana obliga a la transformación de la anterior, por eso es necesario alterar las formas y las preguntas, las perspectivas y materiales para obtener una estética política; el “cambio lo que no sirve”, obliga a un terror urbano; el sentido de que lo que está ahora ya no obedece al mundo, de alguna manera nos obliga a reinterpretarlo de acuerdo con premisas sin salida.

La premisa de que la construcción de una ideología lleva obligadamente a una estética que destruya lo anterior, nos lleva de la mano a aceptar que los monumentos y los sitios son el vehículo que deberá transformarse; es en este punto donde hay que cuidarse ya que puede llevar a totalitarismos en el arte; conservar la mutilación y la cicatriz como testimonios del pasado es aceptar el continuo histórico. La cultura arquitectónica y urbana ha sido utilizada siempre como vehículo de oposición o de fortalecimiento de las ideas políticas, recuérdese el Bauhaus o el estructuralismo soviético, las imágenes de un mundo mejor han ido siempre acompañadas de formas arquitectónicas, desde Mussolini hasta los comics de ciencia ficción, nos muestran un satisfactor legible, imágenes estéticas de lo que significa la “mejoría social y económica”. La estetización urbana es el anhelo de demostrar que lo actual ya no es válido, narcotizando a la sociedad que llega a creer que a lo mejor sí vale la pena el cambio que nos orilla a ese mundo prometido.

De esta forma, nuestra ciudad se está convirtiendo en un espectáculo de contenidos que nos ponen al tú por tú con las arquitecturas de vanguardia, de opciones de imitación de otros mercados y de otras culturas que aparentemente han llegado a donde se aspira llegar; los anuncios comerciales nos informan de otros modelos de vida, una ciudad de logotipos y espectaculares va olvidando la verdadera función de sus vías de comunicación y su estructura urbana sufre cortes y amputaciones para llevarnos sin brújula, perdiendo la historia y el destino.

La posición del creador ante lo existente siempre es de reflexión y crítica; es válido utilizar la libertad cuando se está consciente de ella, pero caer en fetichismos es también limitante de esa creatividad; la cultura tiene sus procesos y sus sometimientos que en algunos casos no obedecen a la realidad sino al sentido de esa realidad que le damos a la obra. El comportamiento social, en vez de sentirse apoyado, se convierte en agresión constante donde no se concede la oportunidad de convivir en libertad, sino obligados a hacerlo en los ámbitos que el “creador” se cree destinado a proporcionarnos.

Donde el proyecto de remodelación del “Zócalo” falla no es en el proyecto mismo, es en la metáfora del cambio, en el intento de otorgar un mayor sentido de representatividad a las mayorías, lo que por otro lado impone otro lenguaje más brutal y decisivo; los espacios no dan los cambios anhelados, pero las sociedades tampoco; sólo nos queda, como dice Deleuze: “luchar contra la ilusión, redescubrir las verdaderas articulaciones de lo real”. ☉